

NUESTRO TIEMPO

LOS ERRORES DEL P. DUCATTILLON Y DE LOS CATÓLICOS "CRISTIANOS"

Es indudable que la predicación del R. P. Ducattillon ha producido desconcierto en todo el país. Unos lo han aplaudido, otros lo han censurado. Pero todavía no se ha dicho, en forma categórica y precisa, cuál es el juicio que hay que formular con respecto a su doctrina, desde un punto de vista estrictamente teológico. ¿Su doctrina es o no, la de la Iglesia? ¿Contiene errores? ¿cuáles son? ¿han sido éstos objeto de censura eclesiástica? A estos interrogantes vamos a darles la respuesta más puntual posible, dentro de lo ceñido del espacio.

Y como la posición del citado sacerdote coincide con la de ciertos grupos de católicos que gustan llamarse católicos "cristianos" o "evangélicos", o "personalistas" y que reconocen como singular maestro al filósofo Jacques Maritain, a quien siguen, sobre todo en sus doctrinas económico-políticas; como coincide, asimismo, con las publicaciones tituladas "Orden Cristiano" y "Tiempos Nuevos"; lo que exponemos aquí, vale, en lo fundamental, también para estos grupos.

Sostenemos aquí que la posición citada contiene errores de doctrina y desviaciones en la disciplina eclesiástica que son de la misma índole que los del movimiento del *Sillon* en Francia, que merecieron censuras de muchos obispos franceses y finalmente del Papa Pío X, en su larga y prolija Carta del 25 de agosto de 1910.

Los principales errores de los católicos del *Sillon* se pueden resumir en los siguientes: Exaltan "la dignidad humana diciendo que el hombre no será verdaderamente hombre, esto es, digno de este nombre, si no cuando haya adquirido una conciencia ilustrada, fuerte, independiente, autónoma, poderosa a prescindir de señor, no obedeciendo más que a sí mismo, y capaz de asumir y soportar sin desviarse de sus deberes las más graves responsabilidades"; Siembran "nociones funestas sobre la autoridad, la libertad y la obediencia, la justicia, la igualdad y la fraternidad"; Sostienen que "la democracia es la única que inaugurará el reinado de la justicia perfecta; no hablan sino de la extremada mansedumbre del Salvador, "de su compasión por todas las miserias humanas, de sus apremiantes exhortaciones al amor del prójimo y a la fraternidad; ponen el fundamento de "la noción de fraternidad... en la simple noción de humanidad, englobando así en un mismo amor y tolerancia a todos los hombres, con todas sus miserias...; colocan la autoridad en el pueblo o casi la suprimen, y tienen por ideal realizable la nivelación de clases; fingen una sociedad en que "arrancado el obrero y el ciudadano de la estrechez de sus intereses privados y elevado a los de su profesión, y más arriba, hasta los de la nación entera, y más arriba aún, hasta los de la humanidad, el corazón humano, ensanchado por



Confide, fili, remittuntur tibi peccata tua.

el amor del bien común, abrazaría a todos los compañeros de la misma profesión, a todos los compatriotas, a todos los hombres. Y he aquí la grandeza y la nobleza humanas, ideal realizado por la célebre trilogía: Libertad, Igualdad, Fraternidad. (Carta de Pío X, *Le Sillon*) (1).

En esta sucinta descripción donde uno parece escuchar la concepción del *Humanismo Integral* (2) de J. Maritain, están resumidos con palabras de Pío X, los principales errores del *Sillon*, que son también los de los católicos "cristianos".

Y como alguien pudiera hacerse fuerte, arguyendo que es un parecido pero no es lo mismo, advierto que Pío X previene esta dificultad, cuando reprocha al *Sillon* de que presenta "el error y el mal con un lenguaje atrayente que, velando la vaguedad de las ideas y el equivoco de las expresiones con el ardor del sentimiento y la sonoridad de las palabras puede inflamar los corazones en el amor de las causas seductoras pero funestas...".

En el presente artículo, vamos a limitarnos al examen de tres errores de los católicos "cristianos", dejando para sucesivos estudios, otros no menos graves y funestos.

Primer error: el nombre de católicos "cristianos". Conocen nuestros lectores que el R. P. Ducattillon, en el sermón de la Iglesia de la Merced, pronunciado el 16 del cte., se dirigió con gran énfasis a su auditorio y le preguntó: "Católicos, ¿somos cristianos?".

La pregunta no puede sino producir sorpresa. ¿Acaso puede un católico dejar de ser cristiano? Podrá ser un mal católico; pero en la medida en que sea católico será cristiano y sólo él es cristiano. Porque, fuera de la Iglesia Católica, no está Jesucristo. Jesucristo es Esposo de la Iglesia y está entregado totalmente a Ella y sólo a Ella. No existe, de derecho, una zona, la cristiana, que sea más amplia y universal que la zona de lo católico. Lo que no entra de algún modo en la Iglesia Católica, está fuera de Cristo y del camino de la salvación.

Y aquí, precisamente, estriba la malicia de la pregunta del orador. Se quiere imaginar una zona, la cristiana, como de mayor extensión que la católica, donde caben ésta y otras confesiones, e incluso los librepensadores.

¿No se hace de este modo, odioso el catolicismo, presentándole como una forma estrecha y restringida que es necesario superar para encontrar una unión de todos los que participan en un ideal de convivencia humana universal, donde cabe, el católico, el judío, el protestante, el budista, siempre que acepten ciertos principios de justicia, de igualdad, valederos para todos los hombres? Así lo entendían los del *Sillon*, remedando el tipo de católicos "progresistas" de *Il Santo* de Fogazzaro, novela incluida en el *Index*.

En ello también incurre Maritain, cuando en "*Los Derechos del Hombre y la ley natural*", escribe:

"Se puede aún señalar... que cualquiera sea su creencia o falta de creencia religiosa, los hombres que admiten y los que niegan la marcha hacia adelante de la Humanidad, toman, de ese modo, posición sobre lo que es prácticamente decisivo desde el punto de vista de la vida de las sociedades humanas... esta idea de la vocación histórica de la humanidad es de origen cristiano y surge de la inspiración cristiana; lo que es singular, es que muchos cristianos la hayan perdido y mientras permanecen adheridos a los dogmas de la fe, dejan de lado la inspiración de la fe, cuando se trata de juzgar cosas humanas" (Pág. 53).

En el pensamiento de Maritain, Ducattillon y de sus adeptos hay entonces una zona, la Humanidad, zona de "inspiración cristiana", donde en definitiva, «en la atracción común» ejercida por un centro trascendente, que es Espíritu y Persona, y en el cual los hombres pueden realmente amarse los unos a los otros, el desarrollo de la humanidad, así animado y sobrelevado en el orden de la historia temporal, halla su ley suprema" (Maritain, ib. pág. 52).

Ahora bien. Es este un error condenado por Pío X en el *Sillon*, cuando escribe:

"Pero más extraños, espantosos y aflictivos a la vez, son la audacia y levedad de hombres que, llamándose católicos, imaginan refundir la sociedad en las condiciones dichas y establecer sobre la tierra, por cima de la Iglesia Católica, "el reinado de la justicia y

SUMARIO

ALBERTO CAPRILE (h.): Hombres de nuestro tiempo. — N. N.: Correspondencia de Nueva York. — R. C.: Argentina Joven. — FRAY MARIO AGUSTÍN PINTO, O. P.: La Doctrina

Mística del P. Arintero. — HÉRCULES SPAGHI: Teatro. — Economía. — JUAN ANTONIO BALLESTER PEÑA: Dibujos de la Carátula y de San Plácido. Dibujos de Francisco Fornieles.

JULIO MEINVILLE: Los errores del P. Ducattillon y de los católicos "cristianos". — S. DE ESTRADA: San Plácido. — M. E.: Un profesor, un lord y la futura felicidad de la Raza Humana. — N.: Riqueza y Pobreza. —

del amor", con obreros venidos de todas partes, de todas las religiones o faltos de religión, con creencias o sin ellas, a condición de que obedien lo que los divide, es a saber, sus convicciones religiosas o filosóficas, y de que pongan en común lo que los une, esto es, un generoso idealismo y fuerzas morales tomadas, "en donde puedan"... ¿Qué es lo que va a salir de esta colaboración? Una construcción puramente verbalista y quimérica, donde espejearán revueltas y en confusión seductora, las palabras de libertad, justicia, fraternidad y amor, de igualdad y exaltación del hombre, todo ello fundado en una dignidad humana mal entendida; una agitación tumultuosa, estéril para el fin propuesto, provechosa para los agitadores de masas, menos utopistas. Verdaderamente se puede afirmar que el Sillon, al poner los ojos en una quimera hace escollta al socialismo...

Cosa peor tenemos todavía. El resultado de esta promiscua colaboración, el beneficiario de esta acción social cosmopolita no puede ser más que una democracia que no será ni católica, ni protestante, ni judía; una religión (pues el sillonismo, según han dicho sus jefes es una religión) más universal que la Iglesia Católica, y que reúne a todos los hombres hechos a la postre hermanos y compañeros en "el reino de Dios". "No se trabaja para la Iglesia; se trabaja para la humanidad".

¿No está aquí dibujado el Humanismo Integral? ¿No es este "el orden cristiano" con que sueñan los que preguntan: "católicos, ¿somos cristianos?".

Segundo error. Fundamento político de división de católicos "cristianos" y católicos "paganos". Pasemos al segundo error del P. Ducattillon y de sus secuaces, que estriba en el fundamento sobre el que establecen la división de los católicos, en católicos "cristianos" y católicos "paganos".

Derivan esta línea frontiza de división del problema fundamental que, según ellos, está en juego hoy. "Lo que está en cuestión —dicen— es la libertad. El problema fundamental que se ha planteado, es, a saber, si el mundo de mañana, será libre o si la tiranía será la fórmula"... (Sermón en Santo Domingo).

¿Quién predica esto? Un sacerdote católico en la cátedra sagrada.

¿Y es ésta, doctrina de la Iglesia? ¿Es cierto que el problema fundamental que hoy se le plantea a la humanidad es la alternativa, "libertad-tiranía"?

Respondemos. Esto es falso. Porque contradice la enseñanza clara y terminante del Papa Pio XI, quien en la *Caritate Christi*, enseña: "En realidad, en esta lucha se dirime el problema fundamental del universo, y se trata de la más importante decisión propuesta a la libertad humana: ¿Por Dios o contra Dios! Esta es la disyuntiva que debe decidir otra vez la suerte de la humanidad".

Es sumamente importante el punto que estamos tratando. Porque si la alternativa "libertad-tiranía", es el problema fundamental, se sigue que es un problema predominantemente político, y como en política se deja libertad a los católicos de inclinarse por uno u otro lado, podrían entonces mirar como el mayor mal un régimen autoritario; sí, en cambio, la alternativa "Dios-contra Dios" es el problema fundamental, como éste es predominantemente religioso están obligados los católicos a considerar como el más grande peligro, el "comunismo bolchevique", según enseña Pio XI en la *Divini Redemptoris*.

Pondérese la gravedad del error en que incurre el P. Ducattillon y los católicos "cristianos" que en cuestión tan fundamental, como es la jerarquía de problemas que se le plantean al hombre en esta hora en lugar de discernir con la Iglesia y reconocer que el comunismo es el gran mal de nuestros días, se colocan del lado del comunismo y afirman que el fascismo es el gran mal, contra el que se deben dirigir todos los esfuerzos.

De aquí, aunque no se percaten, han caído en las redes del comunismo ateo, que los utiliza, como aliados, en la lucha fundamental

de la humanidad, que se desarrolla al presente.

Si en lugar de guiarse por apreciaciones o preferencias nacionales o políticas se guiaran sinceramente por normas católicas, emanadas de la jerarquía eclesiástica, hubieran entendido, lo que tan magníficamente ha explicado reiteradas veces el glorioso episcopado alemán; que, si bien es cierto que el nazismo es un grave mal que ellos padecen y que han denunciado con singular energía, el que han denunciado es inmensamente más peligroso y por esto no han dudado en escribir: "Queridos diocesanos, el Führer y Canciller Adolfo Hitler ha visto venir de lejos el bolchevismo y se ha aplicado a apartar este temible peligro de nuestro pueblo alemán y de todo el Occidente. Los obispos alemanes estiman que es su deber apoyar en esta lucha al jefe del Reich alemán, con todos los medios sagrados que están a su disposición" (Carta Colectiva del Episcopado Alemán del 24 - 12 - 36. "Documentation Catholique", 20 mars 1937). Y como no son políticas sino religiosas las razones que determinan el juicio de los obispos, no dejan de advertir, en esa misma pastoral, que, en la medida en que el nacionalsocialismo contraría a la Santa Iglesia, trabaja en favor del bolchevismo (*).

La actitud de los católicos "cristianos" es por tanto reprobable. Pero hay más. En lugar de atenerse estrictamente a una consideración religiosa y adoptar un criterio religioso —civilización cristiana-comunismo ateo— de clasificación entre los hombres, adoptan uno político —tiranía-libertad— para dividir a los hombres, e incluso a los católicos. Exactamente lo mismo que han hecho los del Sillon, que excluían de su movimiento a los que no aceptaban "el ideal democrático" e incluían, en cambio, a todos los que lo aceptarían, cualquiera fuera la creencia que tuvieran o aún cuando no tuvieran ninguna. En lo cual erraban cuando sostenían que "la democracia es la única que según él inaugurará el reinado de la justicia perfecta; mas ¿no es esto hacer injuria a las otras formas de gobierno que se rebajan de esta suerte a la condición de gobiernos impotentes, sufrideros tan sólo a falta de cosa mejor?; y erraban también, cuando "pueden a todos los que quieren transformar la Sociedad presente, a la manera democrática, que no se repelan mutuamente, por causa de las convicciones filosóficas o religiosas que puedan separarlos, sino que vayan mano a mano, no renunciando a sus convicciones, sino ensayando en el terreno de las realidades prácticas la prueba de las excelencias de sus convicciones personales. Tal vez, en este terreno de la emulación entre almas pertene-

cientes a diferentes escuelas filosóficas, podría realizarse la unión".

De esta norma resulta la humanidad partida en dos grandes grupos: por un lado, "los paganos", donde se incluye a todos los que preconizan un régimen de gobierno autoritario o no-democrático y por el otro, "los cristianos", donde caben todos los que sostienen el ideal democrático. En el primer grupo entran los católicos que no están con la causa de las democracias, incluso los obispos españoles que han alentado la causa de España contra el comunismo, y en el otro grupo, tienen cabida todos los enemigos de grupo, que defiende el ideal democrático, y que, si bien enemigos de la Iglesia, son co, y que, si bien enemigos de la Iglesia, son no obstante de inspiración cristiana. "¿Cómo se concibe —preguntó el P. Ducattillon— que los católicos dejen a no cristianos y aun a enemigos declarados de nuestra fe el privilegio de defender causas de inspiración cristiana?"

Aquí, en este grupo de "inspiración cristiana" entran los héroes de la libertad, "pueblo de la Bastilla... pueblo que llevas la antorcha de la libertad... Inglaterra la tozuda, la fiel, la invencible; Rusia, gran pueblo; los Estados Unidos, tierra de elección, también ella, de la libertad..." (Sermón en Santo Domingo).

De todo esto resulta que en manos del P. Ducattillon y de los católicos "cristianos" la Iglesia es utilizada al servicio de la causa de la libertad, causa de la democracia, causa de la Humanidad, Y, en términos más verdaderos, al servicio de la Revolución Social.

Tercer error. La Revolución Social y el Evangelio. Aunque parezca increíble, en esta sacrilega coalición termina el error del Sillon y de los católicos "cristianos".

Recordarán los lectores como el P. Ducattillon, tanto en sus conferencias como en sus sermones se esforzó por inculcar la convicción de que el lema "Libertad, Igualdad y Fraternidad" es de inspiración cristiana, y que surge del Evangelio. Este lenguaje es corriente entre los católicos "cristianos" y Maritain vuelve repetidas veces a estos conceptos y expresiones.

Estos errores no son una novedad. Por de pronto, son sectas heréticas y francmasónicas las que utilizan estos métodos, en el siglo XVIII, bajo la alta dirección del célebre Weishaupt, jefe del Iluminismo; y fué sobre todo el hermano Saint Martin, jefe de la secta, conocida con el nombre de Martinismo, quien propagó, con el nombre de Ternario Sacro la divisa "Libertad, Igualdad y Fraternidad".



Célebres son las palabras de Marat: "La Revolución está toda en el Evangelio... Jesucristo es el Maestro de todos nosotros". (Aux sources de l'éloquence, par M. Sangnier). La misma táctica emplearon los de la secta masónica la Alta Venta, cuyos documentos llegaron a poder del Papa León XII y entre cuyos papeles se encuentra una carta, con fecha de 1845, que contiene esta revelación: "Gioberti, sacerdote, habla a los sacerdotes su lenguaje, y yo os diré que nos consta que, en las filas del clero secular y regular, las doctrinas de la libertad son un pensamiento que ha seducido a muchos, al punto que están ellos persuadidos que el catolicismo es una doctrina esencialmente democrática. (Cf. L'Eglise romaine et la Revolution de Crétineau-Joly).

Entre los Sillonistas era común una frase de Mons. Ireland, del libro *L'Eglise et le Siècle* donde se lee que "la Iglesia Católica bendice la democracia y la considera como la eflorescencia de sus propios principios de igualdad, fraternidad, libertad, de todos los hombres de Cristo y por Cristo". (Le Sillon N° 4, 10 de abril de 1894).

Ahora bien. ¿Qué enseña frente a esto la Iglesia Católica? Pío X dice, en su condenación:

Harto conocemos los sombríos antros donde se elaboran estas doctrinas deletéreas que no deberían seducir a espíritus perspicaces. No han podido librarse de ellas los jefes del Sillon: la exaltación de sus afectos, la ciega bondad de su corazón, su misticismo filosófico mezclado con parte de iluminismo, los han arrastrado a un nuevo evangelio, en el cual han creído ver el verdadero Evangelio del Salvador, llevando a tal punto su osadía que tratan a Nuestro Señor Jesucristo, con una familiaridad sobremana irrespetuosa, y a consecuencia del parentesco de su ideal con el de la revolución, no temen presentar entre ésta y el Evangelio, paridades blasfemas que no tienen siquiera la excusa de haberse escapado en alguna improvisación tumultuosa.

Tomen nota el P. Ducattillon y sus amigos de las paridades blasfemas, esto es de las blasfemias que cometen, al parangonar con el Evangelio, la Revolución o las fórmulas revolucionarias.

Por hoy, es suficiente. Queremos terminar este artículo reconociendo, como lo hace Pío X, a propósito del Sillon, que los católicos "cristianos" son, en su mayoría, "espíritus elevados, penetrados de un afecto vivísimo de fraternidad humana", que salen "al encuentro de los que trabajan y padecen para sacarlos de laceria, sustentando su sacrificio en el amor a Jesucristo y en la práctica ejemplar de la Religión", pero con toda caridad y firmeza, les advertimos, también con las palabras de Pío X, que "aquel río cristalino e impetuoso de nobles ideales ha sido atajado en su curso por los enemigos modernos de la Iglesia, y ya no constituye más que un miserable afluente del gran movimiento de apostasia organizado en todas las naciones para el establecimiento de una iglesia universal sin dogmas ni jerarquías, sin regla para el espíritu ni freno para las pasiones; una iglesia que, so pretexto de libertad y dignidad humana, volvería a traer al mundo, si triunfase, con el reinado legal de la astucia y de la fuerza, la opresión de los débiles, de los que sufren y trabajan.

JULIO MEINVILLE.

(1) El texto que reproducimos corresponde a la traducción castellana aparecida en la Revista de Madrid, *Razón y Fe*, dirigida por los R. P. de la Compañía de Jesús, en su entrega de octubre de 1910.

(2) Maritain expone su teoría del Humanismo Integral en su libro "Problemas Espirituales y Temporales de una Nueva Cristiandad", donde despuntaban ya tendencias inquietantes, cuyo peligro se hace patente en sus obras posteriores, sobretodo, "Los Derechos del Hombre" y "Cristianismo y Democracia".

(3) Con respecto a la guerra, donde la lucha se entabla entre enemigos igualmente peligrosos para la Iglesia, hay que atenerse a una estricta neutralidad, desde un punto de vista católico. Tal es la posición de la Iglesia.



SAN PLACIDO

Vivía San Benito en el retiro de Subiaco, cuando Flavio Anicio Tertulo, cristiano de ilustre prosapia romana y primo del Patriarca, le confió su hijo Plácido, niño aún de muy contados años. Llevó Benito consigo al niño, que pronto fué el más admirado novicio de la Abadía de Monte Casino, fundada en tierras donadas por Tertulo. Y así, desde los primeros balbuceos de su inteligencia, Plácido pudo seguir las enseñanzas de su padre espiritual y connaturalizarse de tal modo con ellas que creciendo de virtud en virtud le fué dado llegar muy pronto "a aquel amor de Dios que, siendo perfecto, excluye todo temor; y por él todo lo que antes observaba no sin recelo, cumplirlo en adelante sin dificultad alguna, por una costumbre como natural".

Un día el pequeño novicio cayó al agua. Alarmado el Patriarca al escuchar las demandas de auxilio, ordenó a Mauro, fiel discípulo, que acudiera a socorrerlo, y fué tan puntualmente obedecido que Mauro, sin percatarse de la maravilla, caminó sobre las aguas y tomó de las ropas al naufrago. Preguntado luego Plácido sobre quién le había salvado, contestó que le había sido dado observar que era su Abad quien le tomara de su mano. A través de la figura del hermano de religión, advino los rasgos del Padre común, mostrando con ello cuál es el verdadero fundamento de la caridad fraterna.

El 20 de Mayo de 536, en compañía de los monjes Donato y Gordiano, salió Plácido de Monte Casino rumbo a Sicilia, donde, por mandato de San Benito, debería fundar un nuevo monasterio. Llegados a Capua, les dió albergue el Obispo San Germán, amigo del Santo Abad, y allí obró nuestro peregrino sus primeros milagros, al curar prodigiosamente a Zofas y dar la vista a un ciego; de Capua pasaron a Calacia, a las Horcas Cau-

dinas, a San Benevento, a Canusia y a Regio de Calabria, curando en todas partes a enfermos, endemniados, paralíticos, palúdicos y lisiados. Gran trabajo costó a Plácido dejar Regio, pues la Ciudad andaba como "colgada de él por ver a un hombre tan mozo y tan santo a quien Dios, con tan liberal mano, había dado gracia de hacer tantos y tan señalados milagros".

Una vez en Messina los monjes son acogidos por Mesalino, en cuya casa se hospedan, mientras el gobernador Pompeyo Cilio da impulso a los trabajos de construcción del Monasterio y de la Iglesia que, terminados aquéllos al cabo de cuatro años, se dedica a San Juan Bautista. Durante este tiempo asombrábanse los sicilianos de la vida austera y penitente que llevaba Plácido, tanto más admirable cuanto mayor era la obsesividad de Mesalino. No tardaron en acercarse al santo nuevos discípulos, y pudo así ser inaugurada la nueva Abadía con treinta monjes más.

Viendo el Demonio las maravillas que obraba el flamante Abad, y temeroso de que Sicilia se convirtiera en una isla de santos, se valió del pirata Mamuca para luchar contra él y sus monjes. Comenzó el bandido por tentarlos con promesas, al mismo tiempo que con sus numerosas huestes sembraba el terror por toda la comarca. "No hay para qué hacer promesas —contesta Plácido—, porque ningún bien tan grande nos podéis hacer como quitarnos la vida por Jesucristo que la puso en la Cruz por todos; cuanto el mundo tiene es vanidad: no lo estimamos nosotros más que el estiércol, pues sólo deseamos agradar a nuestro Dios".

Todos los monjes fueron apresados, salvo Gordiano, a quien el Señor reservó como testigo. Eutiquio, Victorino y Flavia, hermanos de Plácido, que habían llegado pocos días antes a visitarlo, cayeron también en poder de Mamuca, y fué realmente edificante la entereza con que soportaron las pruebas más atroces, sobre todo Flavia, en quien más se ensañaron los verdugos. Una semana duró el martirio, en el transcurso de la cual hicieron gala los piratas de refinada crueldad y los mártires de mansedumbre: "No queremos haceros guerra con armas, sino con paciencia; tenemos por cierto que volveréis vencidos: porque no podréis atormentarnos tanto con vuestras fuerzas cuanto nosotros sufrir con las de nuestro Dios".

En el quinto día arrancan la lengua a Plácido, y el santo, sin inmutarse, exclama con voz sobrenatural: "Bendito sea el nombre de Jesucristo y su virtud infinita, que siempre nos defiende y libra de todo mal". Prosiguen los tormentos hasta el Séptimo día, en el que Mamuca pronuncia la condena de muerte. Los mártires hacen a pie el camino hasta la playa; llegados, se hincan y el joven Abad que, como celoso pastor de sus ovejas, sabe que, con la palabra y con el ejemplo, debe conducir su rebaño hasta la puerta misma del Paraíso, deja oír una vez más su voz milagrosa: "Señor de todos, Jesucristo, que desde el Cielo veniste al mundo para redimirnos y darnos la Vida, mira con ojos de misericordia a estos siervos tuyos, y por los méritos de Benito, nuestro maestro, danos constancia y esfuerzo para este paso, y haz que no puedan nuestros enemigos hacernos daño alguno y que el glorioso Arcángel San Miguel acompañe nuestras almas, y que estos cuerpos mortales un día gocen de la Resurrección para que en la gloria te alabemos por los siglos de los siglos". Los monjes y hermanos responden a coro: "Amén", y uno a uno son decapitados.

Cuantan que, al enterarse el Patriarca San Benito del martirio de Plácido y sus compañeros, dió gracias a Dios por haber tenido tal discípulo y no quiso entristecerse por haberlo perdido, ya que lo primero fué gracia de su Divina Majestad, y lo segundo, deuda natural con la Muerte. En lo que a nosotros concierne sólo nos cabe admirar la grandeza del Señor en sus Santos y pedir a San Plácido, primera flor de la orden benedictina, que nos alcance algo de su pureza, de su mansedumbre y de su heroísmo.

SANTIAGO DE ESTRADA.

RIQUEZA y POBREZA

El racionalismo dice: "los hombres son esencialmente iguales" y pretende fundar en esa fórmula la doctrina de la igualdad social. Olvida que la igualdad *esencial* no se opone a las necesarias desigualdades individuales, que no dimanan, precisamente de la esencia del hombre, pero que hacen posible la existencia de individuos distintos dentro de la especie. Olvida, también, que dichas desigualdades configuran la estructuración misma de la sociedad. Ya en su tiempo decía Santo Tomás que la igualdad de naturaleza que existe entre las piedras que integran un edificio no contradice la desigual colocación que cada una de ellas posee en el conjunto ordenado de la fábrica.

El racionalismo, por esencialista, es radicalmente antisocial. Quiere violentar los hechos sometiéndolos al molde abstracto de sus lucubraciones ahistóricas y sublima su impetu destructor, oculto en las frías inferencias de la razón pura, dándole el nombre de revolución.

La era de las revoluciones coincide con el advenimiento del racionalismo, logos desencarnado. Sus consecuencias se manifestaron sucesivamente en la revolución política denominada democracia y en la revolución económica del comunismo. Ambas traducen una progresiva descomposición del cuerpo social vitalizado por la cultura.

El problema de la desigualdad económica que la contraposición riqueza-pobreza comporta, debe ser enfocado desde el punto de vista de la desigualdad natural que, en todos los órdenes de la vida, se destaca entre los hombres. Sólo así se evitará el error, tan fértil en funestas consecuencias, de confundir la justicia —e incluso la caridad— con la igualdad; identificación que cuando no procede de una mentalidad racionalista —razón geométrica desentendida de los hechos— nace del vicio más repugnante en nuestros días: el resentimiento.

La estructura de nuestra gloriosa —a pesar de sus defectos— organización social tradicional depende, en gran parte, de la desigualdad económica, de la existencia de ricos y pobres. Si la justicia nada tiene que ver con la igualdad social, la corrección de las injusticias económicas, como v. gr. el problema de la miseria, no debe buscarse por las falsas rutas del igualitarismo.

La nivelación económica entre los hombres sólo puede lograrse mediante la pobreza de todos frente a un Estado dispensador y distribuidor de la riqueza colectiva. En esto consiste esencialmente la solución comunista, llámese marxismo, comunismo indigenista, socialismo de Estado o cristianismo de nuevo cuño, enloquecido. Es inútil pretender la nivelación económica mediante la riqueza de todos, porque la riqueza, como el potencial eléctrico, consiste cabalmente en un desnivel. La prueba, revelada en una intuición evidetísima, estriba en que la distribución de la riqueza por partes iguales a cada ciudadano, aún en el caso de que ello fuera posible, la fragmentaría en insignificantes parcelas. Más aún: suponiendo que fuera incluso posible dar a cada individuo una ingente e igual suma de dinero, la nivelación del reparto depreciaría el capital hasta anular su *valor de cambio*.

Se da, pues, en definitiva, una elección dilemática: o debe haber ricos y pobres o solamente pobres. Quien prefiera conscientemente lo segundo será un auténtico comunista. Pero hay una manera utópica de aceptar el primer término del dilema que le quita su eficacia y conduce, en realidad, a la solución comunista. Me refiero a quienes, imbuidos del espíritu igualitario y entregados a su dialéctica inexorable, creen posible que haya ricos y pobres anulando el desnivel en que consiste esencialmente la riqueza. Se



trata de comunistas de hecho —*in actu exercito*—, a despecho de las ideas que profesen. Y son más peligrosos que los auténticos —*in actu signato*— no sólo porque ayudan prácticamente a estos últimos, sino porque agregan los infinitos riesgos de la inepticia mental.

Para apreciar el valor social de la riqueza privada basta con echar una mirada a la historia. Todo el *decoro* de la cultura es un fruto de la magnificencia.

Santayana está en la verdad, en la más histórica y vital de las verdades, cuando dijo: "El ser rico es un arte o una tradición. No vayas a imaginarte que uno cumple con su deber distribuyendo su dinero entre los necesitados a ochavo por cabeza y dejando al mundo tan menesteroso y desolado como si no hubiera riqueza alguna. La misión de los ricos no es dispersar las riquezas, sino cultivar el arte de vivir, crear cosas bellas y confortables, buenos modales, buenas palabras, buenas obras de caridad. Uno no puede individualmente elevar el más bajo nivel de la vida, pero sí puede elevar el nivel más alto".

No sólo de pan vive el pobre; también lo alegra el esplendor creado por el rico que cumple con su deber social en el sentido de Santayana. Ahora bien: el comunismo, en cualquiera de sus formas, apaga ese esplendor.

N.

UN PROFESOR, UN LORD

Y LA FUTURA FELICIDAD DE LA RAZA HUMANA

El inglés es buen aficionado a controversias. Su admirable literatura abunda en ideológicas batallas. De ahí que el eco —y algunas veces el texto— de célebres polémicas insulares esté entremezclado con no pocas lecturas nuestras de Chesterton, de Shaw, de Wells, de Belloc.

Era de prever, por tanto, que próximo ya —según parece advertirse desde la perspectiva aliada— el fin de la actual contienda, renaciese en los rubios isleños el inveterado gusto por la discusión. Y como no podía menos de serlo, el tema hoy debatido, no atañe al divorcio, ni a la propiedad privada, ni al protestantismo, ni a Dios, ni a la piedad por los animales, sino a la suerte futura de la nación alemana y de sus bélicos habitantes.

Para decidir sobre ella un profesor —Mr. Laski— y un alto funcionario del Imperio —Lord Vansittart— cruzan, en *La Nación* del lunes 18, sendas opiniones al respecto. Qué impresión haya dejado esta polémica en el ánimo de los lectores argentinos, es cosa muy difícil de imaginar.

Para ello habría, por lo pronto, que estar seguros de la existencia real de lectores en la Argentina, problema de por sí insoluble. Intentemos, sin embargo, aceptando siquiera sea hipotéticamente que esa cordial especie exista, representarnos su posible y espesefacta impresión.

Sería en síntesis ésta: que entre Mr. Laski y el iracundo Lord no hay en realidad discrepancia alguna de fondo.

En efecto, si aplicásemos a cada texto por separado unos tenues rayos X intelectuales —decimos tenues porque el esqueleto de esas argumentaciones está casi a flor de piel—, advertiríamos, con asombro, que por debajo aparentes discrepancias, un común denominador los liga en unidad. Un común denominador de fría, salobre, marítima crueldad.

No, no se crea que exageramos; no se crea tampoco que nos mueve el designio de hacer desde aquí —cómodamente— unas bromas acerca de lo que dicen unos señores que con todo derecho podrían contestarnos que ellos no están para bromas. No. Eso sería tonto, no sólo para bromas. Pero sería también superficial y muy injusto. Pero sería también superficial y tonto no señalar, no denunciar en voz alta —so pretexto de que es preciso hacerse cargo del estado de ánimo de gentes que viven la violencia de esta guerra— el atroz espíritu de venganza que agita en la entrelínea de la polémica Laski-Vansittart.

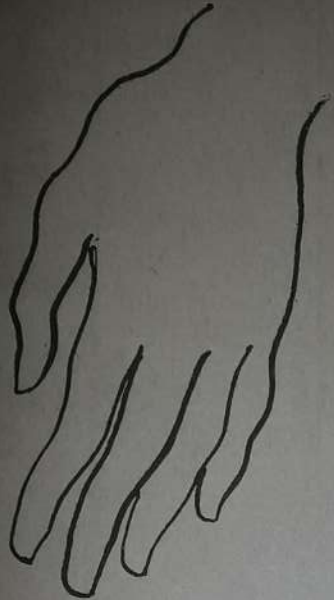
Un "honnête homme" de la época de Pascal pensaría que lo único que separa las racial zonas de Mr. Laski de las de Lord Vansittart es que las del primero ponen en evidencia la crueldad de su espíritu, mientras las del segundo subrayan las de su alma.

Bien leídos esos textos, ponen miedo en los huesos. La helada tranquilidad con que estos señores disputan inquisitorialmente sobre la conveniencia de matar a millones de hombres, a fin de extirpar en ellos no sabe uno qué errores políticos e ideológicos, no tiene, creemos, precedentes conocidos. La sola discrepancia que los mueve a discutir es que, mientras para el profesor el asunto sería —aunque radicado en última instancia en unas personas concretas: los fascistas de todo el mundo— un asunto de índole espiritual, para el ilustre Lord, en cambio, hombre más empírico y apasionado, el mal de la humanidad se confundiría, sin tantos rodeos dialécticos, con todos y cada uno de los alemanes que por estos días habitan el país de Ricardo Wagner.

Pero zanjada esa mera diferencia cuantitativa —a ver quién mata más fascistas— la conclusión es la misma: que para hacer a este planeta enteramente confortable hay que extirpar de raíz la ideología antiliberal y anticomunista.

M. E.





CORRESPONDENCIA DE NUEVA YORK

ENEMIGOS DE MR. HULL: LA CARNE

Como a pesar de la infección que padece la Argentina, se tolera todavía en los Estados Unidos a conciudadanos nuestros, aunque más no sea como becarios, resultará oportuno —por lo actual— transcribir párrafos de una carta que uno de éstos ha dirigido a un amigo por bolsillo aéreo de un inocente industrial recién llegado.

desde que todo el mundo comenta aquí la extraña influencia política del personaje lituano (1).

Bueno, pero eso es harina de otro costal aunque puede volverse engrudo en los próximas elecciones. No sabes en qué forma todo se mueve aquí por emociones y sentimientos y hasta el Instituto de Opinión Pública marca tendencia opositora desde que se echó a correr el rumor de la preponderancia doméstica del amigo personal (y talvez representante) del dictador ruso, ante la Casa Blanca.

Estoy desesperado por la imposibilidad de darte cuenta de la respiración del ambiente: la censura es completa y todo es visto, tasado y cernido por el ojo de funcionarios nada mancos, a pesar de que la Oficina de Censores está atestada de ex-oficiales que han conseguido llegar del frente pacífico sólo con la mano derecha y el brazo respectivo, naturalmente, articulado al hombro. Pero la ocasión del viaje a ésa de mi amigo, el Sr. XX que se encargará de entregarte esta carta, me da la ocasión de comunicarme sin interferencias (Ojalá).

Lo que te decía de Hillman parece ser exacto, muchos diarios lo comentan, es ya rumor público, pero todavía carece de aceptación en el "hombre de la calle" (2). Sin embargo, lo que voy a contarte de Mr. Hull es universalmente aceptado y a mí me cuesta creerlo.

Cuando llegué, ya van por los seis meses, me dijeron que Mr. Hull era vegetariano. No me costó creerlo por su intemperancia y su flacura. Sabido es cómo la alimentación exclusivamente vegetal excita las pasiones, especialmente la ira. Pero a poco de estar corrió la noticia de que —en verdad— era omnívoro vergonzante. ¡Se lo había visto comer una costilla de ternera en rueda de íntimos! Un periodista, desgraciadamente vinculado con Mr. Dewey y cuyo testimonio es por lo tanto impugnado, dió la noticia: Mr. Hull comía carne a escondidas, pero carne comprobadamente no argentina, carne de animales locales, sacrificados en su presencia y cocinados bajo su personal vigilancia.

¿Y éso? Temor a nuestra aftosa. Temor sincero. Mr. Hull cree, parece que desde la edad preescolar, que nuestro país está infestado también por ese mal y todos sus esfuerzos tienden a evitar que renovemos el convenio de carnes con Inglaterra. Sufrir ante la idea de que los soldados yanquis se vean forzados en Europa a comer una mayor cantidad de carne argentina. De ahí su deseo de sanciones, sus cafecitos, sus esfuerzos por separarnos económicamente de Inglaterra, su bloqueo del oro, su pugna con Welles a quien acusa de dudar del "mal argentino".

¿Es posible que toda una política de mal humor continental esté determinada por esa pasión preventiva, por esa mística higiénica? La duda. Pero circulan tantos testimonios, después de la delación del periodista, que no puedo menos que reflejarlos en esta carta. Sea verdad o no, la cosa es que ya estoy pagando 3 dólares y medio por un bifecito de lomo.

Volviendo ahora al caso Hillman, lo cierto es que desde que dejó, por razones de opinión, de frecuentar personalmente a Roosevelt, tiene instalado un teléfono directo con el despacho del Presidente, como si fuera un ministro y que... (3).

Te abraza,
BELISARIO*.

(1) Este final corresponde a una frase llena de revelaciones interesantes que no nos decidimos a transcribir por temor de que los hechos narrados no sean del todo exactos. El corresponsal privado es hombre joven, famoso entre sus amigos por la exhuberancia de su imaginación y su sensacionalismo malicioso. Preferimos confirmar previamente —no sabemos cómo—, la veracidad de su relato (N. de la R.).

(2) Insiste en sus referencias a pesar del testimonio ambiente. No desmiente su ascendencia, pues conviene puntualizar que el corresponsal es vasco por parte de sus ocho bisabuelos y argentino sólo por padre y madre.

(3) Interrumpimos. Sigue machacando con su tema del personaje lituano. Si eso fuera cierto ¿cómo no nos lo hubiera informado antes el todavía ciudadano naturalizado de argentino, Ortiz Echagüe (N. de la R.).

HOMBRES DE NUESTRO TIEMPO

Al proyectar una política para nuestro país, los argentinos debemos tener bien presente que somos hombres de nuestro tiempo, del mundo entero que se da como realidad en esta hora. Para redondear, hasta con exceso, la idea puntualizaremos que la vida argentina que vivimos como personas es sólo parte de la vida internacional que vivimos como conjunto. La primacía del todo sobre la parte la conceden sin excepción desde la lógica hasta la historia. Tan importantes en este orden jerárquico que la teoría y la práctica políticas —ambas esencialmente rebeldes— establecen que a la vida personal se le puede otorgar una franca oportunidad para procurar sus ideales sólo cuando la vida del conjunto está estabilizada, cuando la nación disfruta de seguridad. En consecuencia la primer respuesta categórica exigible a una persona o grupo con significación política es



una capaz de determinar si, a su juicio, está en juego la vida, la seguridad o la estabilidad del conjunto o país a que pertenece.

En estos momentos cabría esperar que unánimemente se reconociera la inestabilidad de todas las naciones en general como inevitable resultado de las causas hondas que fermentan en la guerra mundial. Sin embargo, en la práctica, tal reconocimiento es parcial a la vez que irresponsable. Es parcial cuando colocadas en el mismo plano se juzga a una nación por su política exterior y a la otra por la interior. Es irresponsable cuando a pesar de reconocer la posición crítica de una nación como tal se pospone la consideración de su política exterior en favor de algún aspecto interno.

Un cuadro tan extenso de posibles errores anticipa y explica las numerosas visiones defectuosas que de la realidad mundial se da entre nosotros. Pero esa multiplicidad no interesa porque, a la verdad, en ese orden de juicios, pocos casos han logrado gravitar en la Argentina y entre ellas, el más decisivo, el único que hoy tendremos la oportunidad de examinar, operó negativamente, pues ayudó a dar por los suelos con los partidos políticos. Veamos cómo ocurrió éso.

Si se observa con cuidado la dinámica de la revolución del 4 de Junio se notará su dependencia respecto a la política exterior que el país anhela; virtud de origen, podría afirmarse, como le corresponde ser, pues en el caso contrario, suponer que decidimos refregar la casa con lavandina en el exacto momento que alrededor ardía Troya es caer en el error de clasificarnos como mucho más lunáticos de lo que somos. Admitemos que entre los ejecutantes de la revolución había algunos "realistas" que deseaban armonizar la realidad interna con la externa. La realidad interna que veían estos realistas era realmente pobre por culpa del régimen político precedente pero resultaba aún más empobrecida porque por inexperiencia el nuevo gobierno no ubicaba toda la realidad capturable. Durante el último año la realidad "vista" ha estado creciendo en los dos sentidos; por perfeccionamiento de la realidad interna en cuanto se refiere al problema exterior y por la experiencia adquirida por quienes alientan o ejecutan la revolución. Así, lo que es fuerza en el hecho revolucionario, su gran justificativo, es su anhelo en conciliar las dos políticas, es el mostrarse advertidos en este problema, aún cuando el error de visión los confrontara una vez con una proposición lógica, que, por ser tal, algunos no se dieron cuenta de que era inaceptable. En efecto era inaceptable que en vista de la ausencia de una realidad interna capaz de servir de apoyo a una política exterior se decretara también la ausencia de esta última en procura de una relación y un equilibrio simplista. Era como tratar de devolverle la armonía corporal a un manco cortándole el brazo que le queda. Pero aún este error de visión es más excusable que la despreocupación del régimen político anterior ante la disparidad existente entre la realidad interna y la externa; porque para salvar la cáscara, pura apariencia, se entregaba al exterior el dominio de la realidad interna que era una manera más sutil, falsa y efectiva de atentar contra nuestra integridad. Por eso, el fin revolucionario concreto sería en definitiva el siguiente: ACTUAR DE ACUERDO CON UNA PREOCUPACIÓN SERIA POR LA POLÍTICA EXTERIOR ARGENTINA. Esto es precisamente lo que el país quería y necesitaba a principios de 1943 y lo que no le daban y ni siquiera le prometían los partidos políticos que se disponían a participar en la elección que se suponía próxima. A la verdad nuestros partidos políticos estaban completamente sordos a la dinámica de la nación de aquel instante que se convirtió en dinámica revolucionaria. Lo único que se les ocurría en materia internacional era mostrar sus simpatías por el orden interno de algunas potencias en lucha. Deseaban que las democracias triunfaran y salvaran su orden para que, por contagio, se salvara aquí también el orden político que ellos manipulaban. Iban de orden interno a orden interno supeditando a ésto cualquier situación que por

otras causas le pudiera crear el conflicto mundial a la Argentina. El enfoque excepcional a Rusia no prueba particular mala fe, como tampoco el que la política exterior alemana fuera juzgada por detalles internos. Al parecer carece de explicaciones inteligentes la falta de sentido jerárquico de los valores nacionales mostrado por los políticos argentinos y convendría que este punto se aclarara porque es cada vez más evidente que una de las serias razones de su desalojo ha sido su incapacidad para elevarse por encima de una política de campanario. Por eso también a los políticos del porvenir habrá que mantenerles viva la lección revolucionaria porque la exigencia del país de que se solidaricen con el destino entero de la unidad nacional parece una conquista definitiva e irrenunciable. En ese sentido se están abriendo las puertas grandes para los hombres de nuestro tiempo.

ALBERTO CAPRILE (h.)

ARGENTINA JOVEN

La vieja Plaza de Mayo —virreinal plaza Mayor, recinto de la Victoria criolla— sigue siendo el ancho tablado donde la Historia nos da la versión argentina de su drama.

Allí, al calor de hispánico cobijo, se han desarrollado por tres siglos las virtualidades del ser nacional. Allí, la aldeana repulsa del hereje en defensa limpia de la Fe. Allí, *Cabildo materno*, el tránsito al estado de soberanía quebrada ya la heredad antigua. Allí, *ciudadela del Fuerte*, los viejos bronceos enfilados hacia las Potencias del Mundo, en viril recaudo del cuerpo amenazado. Allí, *Foro clásico*, en tumultuosa asamblea el debate de los graves negocios públicos de la Patria.

Debía ser allí, entonces, donde la Argentina Joven levantase su gran voz, su aguda voz discordante en el coro de la alabanza servil o en la silenciosa aquiescencia del miedo.

Allí llegó la Argentina Joven, como llegan al mar los ríos de rápida corriente, ciegamente ciertos de que al cabo están la sal y el destino hondo; en disciplinado cauce, mas con el injusto desborde necesario para fertilizar la tierra seca.

Allí llegó la Argentina Joven, como sube la llama que hace arder la noche, en escándalo de sí, de su luz y su fuego.

Llegó en ruido de armas, haciendo sonar sobre sus alegres hombros juveniles el ingenuo atavío guerrero —novedoso y eterno— de su pasión nacional.

Y dijo la palabra gentilicia, la que enhebra el tiempo de la Patria y muestra su punta de fresno —como las lanzas de Troya— en el momento preciso.

Y confió al rumoroso pampero, vía incontrollable, su mensaje azuzante a las mocedades de Hispanoamérica, a los hermanos en Verdad, en la Sangre y el Agua.

¡Argentina Joven, así había que verte, lejos de la prudencia carnal, en somatén aventurero de empresa justa!

R. C.

LA MISTICA DEL PADRE ARINTERO

El R. P. Maestro Fr. Juan G. Arintero es un religioso dominico español nacido en la Provincia de León, el 24 de junio de 1860, muriendo en el famoso Convento de San Esteban de Salamanca el 20 de febrero de 1928 con fama de santidad.

En su juventud se dedicó con entusiasmo al estudio de las ciencias naturales publicando diversas obras sobre el Evolucionismo y las ciencias modernas en sus relaciones con la Biblia. Pero ya desde el año 1894 su contacto con almas muy adelantadas en las vías místicas, le hizo concentrar toda su atención en los problemas de la vida espiritual. Publicó numerosas obras de teología mística, entre las cuales se destacan "La Evolución mística", "Cuestiones místicas" y "La verdadera mística tradicional". Para prolongar su obra fundó una revista, "La Vida sobrenatural", que continúa publicándose en España con gran provecho de las almas. Su palabra y su obra han provocado en su país natal una verdadera renovación de la vida espiritual y del interés por los problemas que a ella se refieren. Ramiro de Maeztu, entre otros muchos, declaró repetidas veces que en su conversión al catolicismo ejerció poderosa influencia la lectura de las obras del P. Arintero.

Se ha dicho con razón que el P. Arintero no expone la doctrina de un hombre, ni la de una Orden religiosa, ni la de una escuela; que para él no había más que una mística: la que enseñó y en sí realizó N. S. Jesucristo y la que en el interior de las almas enseña el Espíritu Santo cada día. Esta nota de universalidad es, ciertamente, uno de los más atractivos aspectos del P. Arintero. Pero, como religioso dominico que era y gran amante de su Orden, no cabe duda que la formación dominicana y tomista dejó una huella muy honda en su alma, orientándola reciamente hacia esa concepción de la unidad de la vida espiritual, toda ordenada a una contemplación mística e infusa y apostólica, que es la nota propia de la Orden de Predicadores, como reza su lema formulado por Santo Tomás: "*Contemplari et contemplata aliis tradere*". No cabe duda que el P. Arintero fué viviendo, cada vez con más intensidad, la teología tomista de la gracia eficaz y de la sobrenaturalidad esencial de las virtudes teologales y los dones, que lleva como de la mano hasta la más elevada mística ortodoxa; es indudable que esa formación tradicional fué la que preparó su espíritu para comprender la grandeza y la unidad del organismo sobrenatural, todo orientado hacia las cumbres de la Mística y de la santidad perfecta.

Malos vientos soplaban por entonces para la Mística tradicional y verdadera. Desde hacía tres siglos, como consecuencia de los errores quietistas de Molinos, muchos autores comenzaron a distinguir absolutamente la Ascética de la Mística. "Demasiado apresurados —dice el Padre Arintero— para sistematizar, para establecer una doctrina que reme-

diara abusos, declararon que la Ascética debe tratar de la vida cristiana ordinaria según las tres vías purgativa, iluminativa y unitiva. En cuanto a la Mística no debía tratar más que de las «gracias extraordinarias», en las cuales se hacía entrar no solamente las visiones y revelaciones privadas sino también la contemplación sobrenatural infusa, las purificaciones pasivas y la unión mística".

Estos autores distinguían, pues, una vida unitiva, llamada "ordinaria", que es la unión necesaria, según dicen, para la perfección, y una vida unitiva llamada "extraordinaria", que no se requiere, según ellos, para la gran santidad. De este modo la ascética ya no está ordenada a la mística y la perfección o unión ordinaria es normalmente un término y no una disposición para una unión más íntima y elevada. Por consiguiente, la mística no tiene importancia más que para algunos privilegiados muy raros; más vale ignorarla para evitar la presunción y la ilusión" (*).

Tales eran las doctrinas que imperaban acerca de la vida sobrenatural, cuando el Padre Arintero, gracias al contacto que Dios le depuso con algunas almas perfectas, comenzó a vivir más y más intensamente esa espiritualidad dominicana, toda orientada a la contemplación que es, al fin y al cabo, la tradicional espiritualidad, la grande y anchurosa espiritualidad cristiana. Y a medida que la dirección espiritual le iba poniendo en más íntimo contacto con las almas, veía y palpaba, cada vez mejor, las consecuencias funestas de una doctrina que les cerraba el camino de la verdadera unión con Dios, que las reducía a una vida espiritual mediocre, más conforme a la moralidad natural que a la altísima y sublime espiritualidad cristiana. Y comenzó entonces a preguntarse si esta desvitalización, si esa como anemia espiritual que aquejaba a los cristianos de su tiempo, cada vez más impotentes ante los avances de un naturalismo insolente y agresivo, que lo invadía todo, no provendrían, en última instancia, de aquella concepción disminuída y mediocre de la vida espiritual; si esas doctrinas, que ponían coto a las elevaciones del alma, que les impedían vivir con plenitud el Evangelio de las bienaventuranzas, no serían la clave de la pagанизación, cada vez mayor, del mundo cristiano; y recordaba seguramente las profundísimas palabras del profeta de las Lamentaciones: "*Desolatione desolata est omnis terra quia nullus est qui recogitet corde*". Desolada está la tierra por que no hay quien reflexione en su corazón.

Y es que no basta reflexionar con la cabeza, es preciso entrar en el mismo corazón, es decir, en el "*apex mentis*", en esa fina punta del alma de que nos hablan los místicos, que es lugar privilegiado para las operaciones misteriosas y sublimes del Espíritu de Dios, que elevan el alma hasta las cumbres.

El P. Arintero sufría hondamente, ante esta situación, con toda la intensidad de su gran amor a las almas y a la Iglesia. Por eso no vaciló en lanzarse a la lucha, en constituirse defensor de la espiritualidad tradicional, nuevo Nehemías con misión de reconstruir no ya el templo material de los hebreos sino la realidad por él significada, es decir, el templo vivo de las almas —morada de la Santísima Trinidad— donde el Espíritu de Dios obra maravillas sobrenaturales, infinitamente superiores a todas las de orden natural.

Amaba el P. Arintero con todas las fuerzas de su alma a esa Sabiduría mística, celestial, que sólo en las alturas de la Contemplación se alcanza, esa sabiduría que con tan admirables expresiones han cantado los libros sapienciales: "La deseé y me fué dado el sentido: la invoqué y vino sobre mí el Espíritu de la Sabiduría, la cual antepuse a los reinos y a los tronos teniendo las riquezas por nada en su comparación". Sabía que todos los cristianos, de una manera próxima o remota, están llamados a tan alto fin, en virtud de la misma gracia bautismal. Eso era, en efecto, lo que, inequívocamente, deducía de los testimonios de la Sagrada Escritura y de la más pura tradición espiritual. Eso era lo que le enseñaba la teología tomista acerca de los do-



nes del Espíritu Santo y de la sobrenaturalidad esencial de la gracia santificante y la fe infusa, fundamento inquebrantable de la más elevada mística ortodoxa; y es que, en realidad, la fe tiene por objeto a Dios tal como es en Sí mismo, la vida íntima de Dios, que será también en el cielo el objeto de nuestra eterna bienaventuranza. Se trata, pues, de un objeto puro e inmediatamente divino, infinitamente superior a todo otro motivo accesible a la razón o a los sentidos. Por consiguiente, el alma sólo alcanza la plenitud de la vida de la fe en la contemplación infusa, cuando, movida según un modo divino por los dones de Sabiduría y Entendimiento, puede, por fin, abandonar el modo humano de la meditación ligada a la razón y a los sentidos. Sólo en la contemplación alcanza, pues, aquella fe pura y desnuda que, según San Juan de la Cruz, es el único medio próximo y proporcionado que puede unir el alma con Dios, aquella Noche de la fe desnuda, que ilumina el alma con más claros resplandores y la llena de más inefabes delicias que la luz del mediodía. Contemplación que no es, por lo tanto, otra cosa que la plenitud de nuestra fe, el preámbulo, el preludio de la visión del Cielo, que todo cristiano ha de alcanzar, o bien, por su fidelidad, en este mundo o bien, por su negligencia, a través de las purificaciones terribles del Purgatorio.

Tal era la convicción que el P. Arintero deseaba ardientemente infundir en las almas religiosas y cristianas. Esa idea de la vida mística como término normal de la vida cristiana no fué, ciertamente, para él una tesis de escuela que había de probar con rigurosos argumentos. No fué propiamente el P. Arintero un teólogo especulativo; su obra no está en la línea de la pura ciencia teológica, del puro saber comunicable. Sus largos estudios en la Universidad civil le impidieron ahondar en la técnica de la Teología. Fue, más bien, un apóstol, un varón de deseos, sediento de la visión de la gloria de Dios, y, por lo tanto, de esa antesala de la visión, que es la contemplación infusa en este mundo. Su saber, todo ordenado a dirigir a las almas por las vías de la unión con Dios, se movía, más bien, en esa zona intermedia donde el conocimiento nocional comienza a transformarse en un saber experimental difícilmente comunicable. Sus estudios biológicos le inclinaban, en efecto, a apoyarse siempre en la experiencia, en la experiencia ajena y en la propia. De ahí provienen, quizás, ciertas imprecisiones teológicas que pueden señalarse en su doctrina; pero es que el P. Arintero empleaba los vocablos no tanto según el rigor técnico y científico que tienen en la Esgría colástica cuanto según el valor práctico que tienen en los místicos para expresar de alguna manera sus experiencias inefabes. Podría decirse del P. Arintero lo que aquel gran desconocido que se llamó Ernesto Hello decía de Ruysbroeck: "El fuego preside a todos los actos de su vida. Enseña y arde al mismo tiempo. Explica la naturaleza del fuego pero lo hace sin salir de la hoguera".

Así era, en efecto, de apasionado y ardiente el magisterio espiritual del P. Arintero. Fué el apóstol de la perfección consumada de la vida cristiana que sólo por la vida mística se alcanza; el gran apóstol de la plenitud del Evangelio, del Evangelio del Reino de Dios, porque el Reino de Dios en su más profunda realidad no es otra cosa que esta mística sabiduría de la Contemplación, esta vida de verdadera intimidad y unión con Dios. "Ella es, en efecto, la inestimable «margarita preciosa» de la parábola evangélica, el misterioso «*calculus novus*» en que está escrito el nombre del predestinado, el inapreciable maná escondido que se prometió a los vencedores (Ap. II, 17), el verdadero tesoro escondido en el campo de nuestros corazones por el cual hay que trocar todos los bienes (Mt. XIII, 44-45), el «*vinculum necessarium*», es decir, un bien indispensable para lograr nuestra verdadera perfección y para merecer la unión con Dios a que hemos sido destinados. «¿Por ventura Nuestro Señor no se dirige a todos al decir: «Si alguno tiene sed venga a Mí y beba y de su corazón fluirán ríos de agua viva?» «Dichoso el hombre —dice Blosio— que llega a

ver brotar del fondo de su alma la fuente de las aguas vivas, aunque para eso haya tenido que cavar y ahondar durante muchos años. ¡Qué extraño es que haya que llamar por largo tiempo antes de ser admitidos a su unión... Así es como llegaremos a lo que es el fin de todos los ejercicios, de todos los preceptos, de todas las Escrituras!».

No, no era, ciertamente, para el P. Arintero una cuestión más o menos ociosa, una mera diferencia de opiniones, lo que se agitaba en este asunto de la unidad de la vida espiritual, de la inanidad de la doble vía. Era nada menos que la economía íntima, las leyes fundamentales, la biología, por decirlo así, de la vida cristiana, la pureza y la integridad del Evangelio lo que estaba en juego. De ahí su ardor en el combate, la invencible tenacidad con que luchaba por restaurar la olvidada y auténtica doctrina espiritual, ese celo que le hacía arder como a San Pablo en el deseo de que Cristo se formase plenamente en las almas por una fidelidad cada vez mayor al Espíritu Santo y a sus dones; de ahí, también, ese apostólico afán que le hacía recorrer sin descanso los conventos de España para estimular en ellos la vida de contemplación y de oración, porque sabía "que nada hay tan excelente, tan glorioso ni tan fructuoso en la Iglesia de Dios como la mística ciencia de los santos".

Lo que el P. Arintero por encima de todo abominaba en las doctrinas de la doble vía era la mediocridad y la tibieza en que sumían a las almas. "Esos falsos maestros, solía repetir, en vez de conducir a las almas por las hermosas y pacíficas sendas de la sabiduría divina y la celestial prudencia, las llevan por donde, según sus pobres miras humanas, engañosas, bajas y rastreras, mejor les parece, apartándolas violentamente de los sublimes caminos de la vida". Ese naufragio de las almas, llamadas a los más altos grados de la unión con Dios, en la rutina y en la tibieza era lo que tan entrañablemente le dolía. Por eso no se cansaba de ponderar la grandeza incomparable de la vida mística, o sea del Evangelio de Cristo vivido en su plenitud, sin disminuciones ni falsas prudencias de la carne. Vivía como deslumbrado ante la dignidad y la grandeza de la sublime vocación cristiana y todo su afán consistía en comunicar algunos rayos de este maravilloso esplendor. Fiel a la idea de su Orden, no le bastaba su propia contemplación, quiso ser apóstol de esa vida de oración y de contemplación, quiso comunicar ese tesoro a todas las almas, sobre todo a las más humildes y pequeñas que encontraba en los monasterios que sin descanso recorría. Sabía con Ernesto Hello que, fuera de la verdad, las ascensiones alejan al que sube de los que quedan en el llano, pero que en sus ascensiones, los grandes contemplativos ortodoxos no suben al país de la gloria sin hallar el amor en el corazón mismo de sus altas contemplaciones.

"Por encima de la razón el místico católico escucha, toca y siente lo que la razón no es capaz de ver, de escuchar, de tocar y de sentir. El misticismo, en efecto, domina a la razón y la transfigura".

"La locura —añade Hello— (?) es el puro error, la razón posee muchas verdades, pero

el misticismo contiene la esencia de la verdad".

"Hay una sabiduría inferior que se atreve a usurpar el nombre de sabiduría porque es lo bastante limitada para no ver todo lo que le falta. La estrechez de su horizonte le hace el odioso don de estar contenta de sí misma".

"El misticismo es la otra sabiduría, la de lo alto, la que ve suficientemente lejos como para advertir que su vista es todavía corta. La grandeza de su contemplación es el espejo sin mancha donde ve su insuficiencia. La inmensidad de los lugares donde habita le hace el espléndido don del sagrado desdén de sí misma. Con este desdén aumenta su grandeza y con su grandeza aumenta su bondad".

Así fué la sabiduría del P. Arintero, restaurador de la ciencia que más importa al hombre, o sea la mística ciencia de los santos.

Por eso, en medio de la insuficiencia de ciertos medios naturales, en medio de su sordera, de su tosquedad, de su falta absoluta de elegancia, de artificio y de elocuencia humana, fué grande, con esa grandeza de los verdaderos sabios, de los verdaderos y entrañables amigos de Dios. Y porque grande, fué humilde, sencillo y bondadoso; hasta el punto de que sus mismos enemigos, al ver su radiante bondad, debieron confesar que era un cordero.

Maravillosa alianza esta, que en el varón espiritual se advierte de la contemplación con la ternura, de la grandeza con la pequeñez y la humildad. Comentando estas palabras de Jeremías: "La hija de mi pueblo es cruel como el avestruz del desierto" dice San Bernardo, que el avestruz es cruel porque no vuela. "Esta magnífica asociación de ideas —dice Hello— puede extrañar al espíritu ligero; pero es evidente para el espíritu profundo. Y es que las alturas dulcifican el alma, la magnificencia la pacifica, la contemplación la llena de piedad, de bondad y de ternura".

Así se elaboró, sin precisiones técnicas, sin preocupación alguna de sistematización científica, esta obra del P. Arintero, que es como un desbordamiento impetuoso y espontáneo de su corazón de contemplativo y de apóstol. Pero si no hay en esta obra una metódica organización de la Teología mística en un cuerpo coherente de doctrina, hay en cambio un riquísimo caudal de observaciones, de experiencias, de intuiciones; hay un conocimiento asombroso y penetrante de los sentidos espirituales, de las Sagradas Escrituras y de las obras de los Santos Padres y los místicos; hay, en una palabra, una sólida y rica doctrina espiritual que al ser incorporada al organismo teológico tomista, como lo ha sido ya por los PP. Menéndez-Reigada, Garrigou-Lagrange, Joret, Lemonyer y otros teólogos, ha mostrado su conformidad fundamental con los sólidos principios de Santo Tomás de Aquino, que es también el maestro por excelencia de la Teología Mística.

FR. MARIO AGUSTÍN PINTO, O. P.

(¹) P. Arintero: "La verdadera mística tradicional", p. 39.

(²) Ernesto Hello "Rusbrock".



TEATRO

LEOCADIA

(Comedia de Jean Anouilh en cinco cuadros, estrenada en París en 1941 y traducida por María Luz Regas).

Dentro del marco de un ambiente extravagante está situada una comedia que no carece de contenido humano.

El recuerdo de una mujer —Leocadia— atado a la memoria de un príncipe huérfano que languidece de amor, exaspera su anormal introvertimiento, lo trastorna y lo obsesiona.

Para disipar ese recuerdo es "contratada" una muchacha del pueblo que casi azorada por lo exótico de su misión y el no menos exótico ambiente que descubre, quiere huir. No lo consigue y se resigna a representar en la comedia que rodea al príncipe, el papel de Leocadia, aprovechando un parecido físico.

Sin recursos no logra imitar la imagen de una estudiada poetiza; al fin se convence que nada debe imitar, que debe ser ella misma, y, tras de demostrar al príncipe con su sencillez y su lozanía que también son bellas las cosas cotidianas, le enamora.

Ese es el contenido humano. Ahora el ambiente extravagante: Leocadia es una poetiza frívola y enfermiza que muere constantemente orquídeas y se viste con largos tules que sacude con gracia y que termina por ahorrarse con ellos al hacer un saludo. El príncipe: ¿por qué debía ser príncipe? Su familia está formada en la escena por un tío y una tía. La tía para "curarle" al príncipe, que gustaba frecuentar los lugares que visitó con Leocadia —en los únicos tres días en que le conoció, después vino el accidente del tul— reconstruye en el parque del casti-

llo esos lugares: una hostería, una boîte... y trae al personal de esos sitios, lo mismo que el conductor de un taxímetro y un heladero. Un heladero con carrito pero sin helados, y un chauffeur en cuyo automóvil estacionado en el parque y cubierto de hiedra, cría conejos.

Por fin, en la última escena resulta muerto un pajaraco raro, que no es parecido a ningún otro, pero eso pasa como una alegoría: Leocadia.

¿Qué pensar de una obra de teatro así? Que la trama no está mal pensada pero que en su realización en el libreto le faltó al autor inventiva para hacer servir a esa trama con recursos mejores, no tan "llamativos", pero más reales.

Mecha Ortiz en el duro papel nada menos que de una imitación frustrada, primero, y después, en otro de candorosa lozanía —tan lejano a su experiencia— ha sabido superar

airosa las abundantes dificultades y es justamente aplaudida.

Juan José Miguez ha hecho un trabajo elogiado y promisor. Felisa Mary y los demás actores no desmerecen.

La "regie" de Mottura fué de muy buen gusto.

CADA CUAL A SU JUEGO

La impresión que deja la obra, original de Pirandello, es la impresión del desconcierto. Desconcierto no porque el público salga —en su grueso— uniformemente boquiabierto de la sala. En ese signo no debe verse el desconcierto sino la incompreensión y pesadez general (Pirandello es elevado en su técnica). Desconcierto por la rareza de actitudes de los personajes que no son otra cosa que cerebrales arquetipos de caracteres humanos, muy estudiados... y muy inhumanos. Reflexionadamente el autor —con su dedo índice puesto en la sien— los maneja como a muñecos, haciéndolos filosofar en cansadores monólogos que desde muy lejos vienen a atarse al hilo de los hechos escénicos.

Filosofía y vida hay en Pirandello, pero ambas cosas falsas y difíciles de seguir, si no fuera porque están servidas por una gran técnica.

La interpretación de Arata es indiscutiblemente buena. Este gran señor de la escena ha hecho que la obra tenga momentos de interés, aún para el más modesto de los espectadores.

Alita Román pudo con su personaje, aunque en muchas partes es dura e inexpressiva.

La traducción es mala, la presentación es pobre, y el conjunto de actores no está a la altura de la obra, o por lo menos del autor de la obra.

HÉRCULES SPAGHI.

ECONOMIA

ORDENAMIENTO ECONOMICO DE POST-GUERRA

La necesidad de planear un ordenamiento económico, cuya finalidad sería atenuar y encauzar los efectos que la finalización de la guerra ocasionarán en la economía de nuestro país, ha dado origen a la creación del Consejo Nacional de Post-guerra, organismo destinado a proponer la coordinación, planificación y ejecución de todo lo referente a cuestiones de carácter social y económicas y cuya dirección ha sido confiada al Vicepresidente de la Nación.

El plan inicial tiene el mérito de ser el primer intento orgánico y metódico que en materia de economía haya sido proyectado por un gobierno nacional, guardando la lógica interdependencia que debe existir entre los problemas sociales y los económicos.

La complejidad y multiplicidad de los problemas a tratar ha sido esbozada por el señor Vicepresidente de la Nación en su discurso inicial. En un pasaje del mismo, admite que "se trata de lograr la homología funcional de un sinnúmero de engranajes que actúan en planos múltiples y opuestos y de esta reunión de esfuerzos obtener, además, resultados positivos que contribuyan a proporcionar mayores satisfacciones y seguridades a la colectividad nacional", demostrando por otra parte la inquebrantable voluntad de vencer toda dificultad pues "la coordinación sólo es posible cuando se cuenta con la vocación decidida de implantarla, la capacidad técnica para proseguirla y el tiempo suficiente para consolidarla".

Cabe señalar que estos fines podrían quedar parcialmente desvirtuados si se mantiene la resolución de la parte final del plan de acción aprobado por el Consejo en su primera reunión, de que los organismos correspondientes den una contestación precisa o solución concreta a cada uno de los puntos expuestos, en el corto plazo de 15 días, teniendo en cuenta que en la parte inicial del plan se reconoce y lamenta "la carencia de muchos elementos de información y de bases estadísticas, que serían de positiva utilidad en las actuales circunstancias". Por tal motivo no sería difícil que salvo contadas excepciones, los organismos correspondientes se vean obligados a incurrir en improvisaciones, si deben dar estricto cumplimiento a lo resuelto en ese plan inicial. Tales improvisaciones, derivadas de un sano propósito de to-

mar decisiones en el menor tiempo, podrían basarse en una deficiente información, que quitaría la eficiencia que el Consejo requiere, por la importancia de las funciones que le han sido encomendadas.

La división del estudio de los problemas inmediatos en dos clases de tareas: las realizaciones urgentes y las investigaciones tecnológicas es un acierto que no podemos menos que reconocer.

Las realizaciones urgentes, escalonadas en una clasificación jerárquica que podría ser cronológica empezando por las informativas y comparativas, que dan lugar al estudio de las condiciones y experiencias del período post-bélico 1918-23 comparándolo con el momento actual, preluarían el punto B que junto con el E podrían clasificarse de Protección y Defensa de la economía popular, evitando el alza de los precios, su incidencia sobre el costo de la vida y establecimiento de los seguros sociales. El punto C que propicia la intensificación de las riquezas naturales del país, según una explotación racional de sus tierras de acuerdo a las características de las mismas, tiende también a la intensificación de las industrias extractivas y manufactureras.

El punto D tiende a dar forma jurídica a la reorganización económico-social del país evitando las trabas que presenta la actual legislación.

El fomento de las investigaciones tecnológicas vendría a completar este ordenamiento económico de post-guerra.

Por fin, se agregan algunas medidas de orden financiero y trabajos públicos que surgieron luego de un cambio de ideas entre los presentes en la primera reunión del Consejo.

La generalidad con que ha sido expuesto este plan inicial no permite apreciar si el mismo es todo lo integral que su función exige. Así, nos preguntamos si al hablar de su aplicación no se ha pensado en una adaptación según las zonas económicas en que puede dividirse el país. No hay que olvidar que el criterio centralista de muchos proyectos ha provocado su fracaso al encontrarse con la falta de adaptabilidad de muchas de sus disposiciones con la realidad del país.

En igual medida cabe señalar la prescindencia de todo estudio relativo al acrecentamiento, inmigratorio y vegetativo, distribución y capacitación de la Población, su adaptación al medio en que vive y la radicación del hombre a la tierra que trabaja.

No queremos terminar este comentario sin insistir en lo que ha sido reconocido por los mismos autores del plan, "la carencia de muchos elementos de información y de bases estadísticas". La ausencia de un Censo general de la población y riqueza de la Nación durante un período de 30 años, ha colocado a los gobiernos en la necesidad de improvisar cada vez que se ha intentado proyectar o desarrollar un ordenamiento económico del país. Creemos que sin adoptar en el interin "actitudes contemplativas" ni recurrir a "Sistemas dilatorios que puedan diferir el enfoque de problemas que demandan decisiones inapelables" la mejor forma de encarar una obra básica de reordenación y coordinación, sería disponer de los elementos necesarios para que el IV Censo General de la República sea una pronta y eficaz realidad.

Su sola realización puede suministrar gran parte de los datos necesarios para abordar sobre una base cierta la realidad económica del país, ya que deberá comprender además de la población a la industria manufacturera y extractiva, el comercio, la agricultura, la ganadería, la habitación, la propiedad inmueble y toda actividad económica y social que se desarrolle en el país en la época del levantamiento.

Instituto "Alejandro E. Bunge" de Investigaciones Económicas y Sociales

GRUPO DE EDITORIALES CATOLICAS

JULIO BARBERIS.

Vida de San Agustín (una figura que llenó su siglo; un gran hereje que llegó a ser un gran santo) \$ 2.—

JUAN M. GARRO.

José Manuel Estrada (el mejor amigo del gran argentino nos hace vivir su extraordinaria misión) \$ 2.—

ABATE F. GELLE.

Guy de Fontgalland (un niño frances que merece ser conocido por nuestros hijos para que lo imiten) \$ 1.50

ERWIN GORLICH.

Heinz (un niño alemán, scout católico y modelo de alegría cristiana) \$ 1.50

Reconquista 572 — (31, Retiro 2359)

NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

Colaboran los mejores escritores

Aparece los viernes

Subscripción anual \$ 10.—

Por semestre \$ 5.—

Número suelto \$ 0,20

Número atrasado \$ 0,40

Primer número \$ 1.—

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800

del amor", con obreros venidos de todas partes, de todas las religiones o faltos de religión, con creencias o sin ellas, a condición de que olviden lo que los divide, es a saber, sus convicciones religiosas o filosóficas, y de que pongan en común lo que los une, esto es, un generoso idealismo y fuerzas morales tomadas, "en donde puedan"... ¿Qué es lo que va a salir de esta colaboración? Una construcción puramente verbalista y quimérica, donde espejearán revueltas y en confusión seductora, las palabras de libertad, justicia, fraternidad y amor, de igualdad y exaltación del hombre, todo ello fundado en una dignidad humana mal entendida; una agitación tumultuosa, estéril para el fin propuesto, provechosa para los agitadores de masas, menos utopistas. Verdaderamente se puede afirmar que el Sillon, al poner los ojos en una quimera hace escolta al socialismo...

Cosa peor tenemos todavía. El resultado de esta promiscua colaboración, el beneficio de esta acción social cosmopolita no puede ser más que una democracia que no será ni católica, ni protestante, ni judía; una religión (pues el sillonismo, según han dicho sus jefes es una religión) más universal que la Iglesia Católica, y que reina a todos los hombres hechos a la postre hermanos y compañeros en "el reino de Dios". "No se trabaja para la Iglesia; se trabaja para la humanidad".

¿No está aquí dibujado el Humanismo Integral? ¿No es este "el orden cristiano" con que sueñan los que preguntan: "católicos, ¿somos cristianos?".

Segundo error. Fundamento político de división de católicos "cristianos" y católicos "paganos". Pasemos al segundo error del P. Ducattillon y de sus secuaces, que estriba en el fundamento sobre el que establecen la división de los católicos, en católicos "cristianos" y católicos "paganos".

Derivan esta línea fronteriza de división del problema fundamental que, según ellos, está en juego hoy. "Lo que está en cuestión —dicen— es la libertad. El problema fundamental que se ha planteado, es, a saber, si el mundo de mañana, será libre o si la tiranía será la fórmula"... (Sermón en Santo Domingo).

¿Quién predica esto? Un sacerdote católico en la cátedra sagrada.

¿Y es ésta, doctrina de la Iglesia? ¿Es cierto que el problema fundamental que hoy se le plantea a la humanidad es la alternativa, "libertad-tiranía"?

Respondemos. Esto es falso. Porque contradice la enseñanza clara y terminante del Papa Pío XI, quien en la *Caritate Christi*, enseña: "En realidad, en esta lucha se dirime el problema fundamental del universo, y se trata de la más importante decisión propuesta a la libertad humana: ¡Por Dios o contra Dios! Esta es la disyuntiva que debe decidir otra vez la suerte de la humanidad".

Es sumamente importante el punto que estamos tratando. Porque si la alternativa "libertad-tiranía", es el problema fundamental, se sigue que es un problema predominantemente político, y como en política se deja libertad a los católicos de inclinarse por uno u otro lado, podrían entonces mirar como el mayor mal un régimen autoritario; si, en cambio, la alternativa "Dios-contra Dios" es el problema fundamental, como éste es predominantemente religioso están obligados los católicos a considerar como el más grande peligro, el "comunismo bolchevique", según enseña Pío XI en la *Divini Redemptoris*.

Pondérese la gravedad del error en que incurre el P. Ducattillon y los católicos "cristianos" que en cuestión tan fundamental, como es la jerarquía de problemas que se le plantean al hombre en esta hora en lugar de discernir con la Iglesia y reconocer que el comunismo es el gran mal de nuestros días, se colocan del lado del comunismo y afirman que el fascismo es el gran mal, contra el que se deben dirigir todos los esfuerzos.

De aquí, aunque no se percaten, han caído en las redes del comunismo ateo, que los utiliza, como aliados, en la lucha fundamental

de la humanidad, que se desarrolla al presente.

Si en lugar de guiarse por apreciaciones o preferencias nacionales o políticas se guiaran sinceramente por normas católicas, emanadas de la jerarquía eclesiástica, hubieran entendido, lo que tan magníficamente ha explicado reiteradas veces el glorioso episcopado alemán; que, si bien es cierto que el nacimiento es un grave mal que ellos padecen y que han estado con singular energía, li-

cientes a diferentes escuelas religiosas o filosóficas, podría realizarse la unión".

De esta norma resulta la humanidad partida en dos grandes grupos: por un lado, "los paganos", donde se incluye a todos los que preconizan un régimen de gobierno autoritario o no-democrático y por el otro, "los cristianos", donde caben todos los que sostienen el ideal democrático. En el primer grupo entran los católicos que no están con la causa de las democracias, incluso los obispos españoles que han alentado la causa de España contra el comunismo, y en el otro grupo, tienen cabida todos los enemigos de la religión que defiende el ideal democrático, y que, si bien enemigos de la Iglesia, son no obstante de inspiración cristiana. "¿Cómo se concibe —preguntó el P. Ducattillon— que los católicos dejen a no cristianos y aun a enemigos declarados de nuestra fe el privilegio de defender causas de inspiración cristiana?"

Aquí, en este grupo de "inspiración cristiana" entran los héroes de la libertad, "pueblo de la Bastilla... pueblo que llevas la antorcha de la libertad... Inglaterra la tozuda, la fiel, la invencible; Rusia, gran pueblo; los Estados Unidos, tierra de elección, también ella, de la libertad..." (Sermón en Santo Domingo).

De todo esto resulta que en manos del P. Ducattillon y de los católicos "cristianos" la Iglesia es utilizada al servicio de la

causa de la libertad,
causa de la democracia,
causa de la Humanidad,

Y, en términos más verdaderos, al servicio de la Revolución Social.

Tercer error. La Revolución Social y el Evangelio. Aunque parezca increíble, en esta sacrilega coalición termina el error del Sillon y de los católicos "cristianos".

Recordarán los lectores cómo el P. Ducattillon, tanto en sus conferencias como en sus sermones se esforzó por inculcar la convicción de que el lema "Libertad, Igualdad y Fraternidad" es de inspiración cristiana, y que surge del Evangelio. Este lenguaje es corriente entre los católicos "cristianos" y Maritain vuelve repetidas veces a estos conceptos y expresiones.

Estos errores no son una novedad. Por de pronto, son sectas heréticas y francmasónicas las que utilizan estos métodos, en el siglo XVIII, bajo la alta dirección del célebre Weishaupt, jefe del Iluminismo; y fué sobre todo el hermano Saint Martin, jefe de la secta, conocida con el nombre de Martinismo, quien propagó, con el nombre de Ternario Sacro la divisa "Libertad, Igualdad y Fraternidad".

no navegando en el terreno de las realidades prácticas la prueba de las excelencias de sus convicciones personales. Tal vez, en este terreno de la emulación entre almas pertene-

